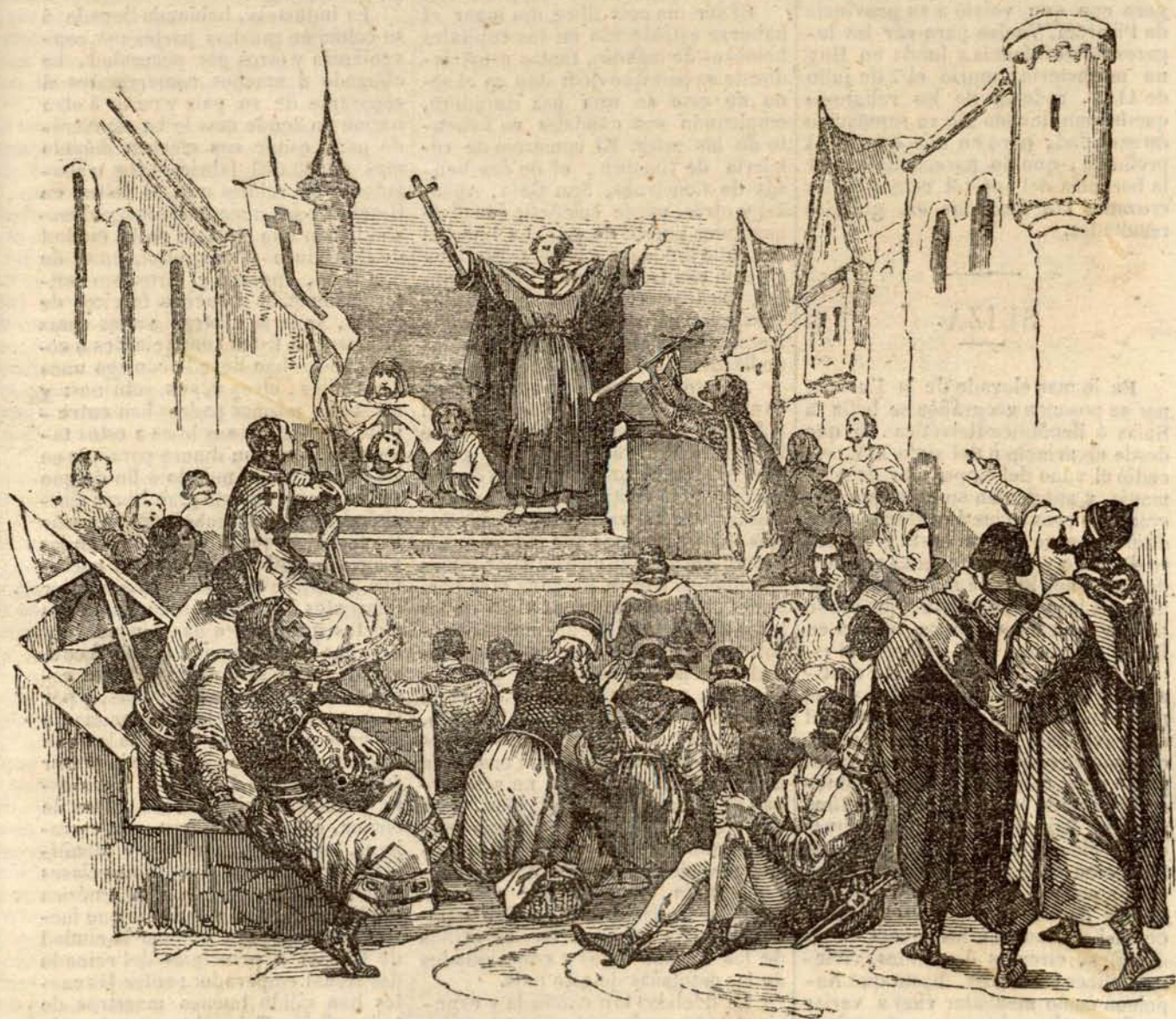


# ALBUM PINTORESCO.



Pedro el Ermitaño, predicando la cruzada.

## PEDRO EL ERMITAÑO.

Este piadoso cenobita, cuya poderosa voz resonó en el seno de la cristiandad y la precipitó en el Oriente, nació en la diócesis de Amiens á mediados del siglo XI. Los primeros años de su vida son desconocidos; solamente se sabe, que jóven todavía, combatia valerosamente en Flandes bajo el glorioso pendon de los condes de Borgoña. En esta época un santo entusiasmo animaba á las poblaciones cristianas, que no soñaban mas que con una santa peregrinacion á los santos lugares; el universo para los fieles se reasumia en la Palestina, la Palestina en Jerusalem, y

*Abril 10 de 1853.*

Jerusalem en el santo sepulcro. Se queria ir á conquistar la gran tumba del Salvador al poder de los sarracenos. Pedro el Ermitaño acababa de perder á su muger, noble señorita de Picardia, y la tristeza de la viudez le impulsó á tomar el hábito á fin de consagrarse á Dios. Partió para Jerusalem en compañía de muchos peregrinós, y en sus frecuentes entrevistas con el patriarca Simeon, se lamentaba de la miseria de los cristianos y de las crueldades que sobre ellos ejercian los infieles. Pronto dejó la santa ciudad y pasó á Roma; Urbano II le acogió con distincion, y supo con dolor la triste condicion de los fieles de Oriente, y gimiendo su infortunio, suplicó al ermitaño Pedro recorriese la Europa,

para escitar á los nobles hombres á empuñar su espada para el rescate del santo sepulcro.

Aqui comienza para el piadoso ermitaño aquella existencia de fatigas y de adhesion que concluyó por la toma de Jerusalem por Godofredo y los cruzados. Pedro atraviesa la Italia y los Alpes y llega á Francia, despues á Inglaterra y luego á Alemania; por todas partes anuncia una próxima cruzada para rescatar á Jerusalem del poder de los musulmanes. El cenobita es recibido como un enviado de Dios; á su voz se agitan las poblaciones y toman las armas contra los enemigos de Cristo. Urbano II estaba entonces en Clermont, donde proclamaba la cruzada en presencia de una numerosa caballeria, y

de aquellos prelados belicosos que conducian el obispo de Orange y Adhemard de Monteil, el valeroso obispo de Puy.

Despues de la entrada de los cristianos en Jerusalem, ya no se trató de Pedro el Ermitaño; su mision quedó cumplida en el sepulcro de Cristo, los fieles obtuvieron la victoria, y aqui estaba el objeto de sus votos y de sus esfuerzos. Por eso es inexplicable el gozo con que volvió á su provincia de Picardía. Vuelve para ver los lugares de su infancia y funda en Huy un monasterio; murió el 7 de julio de 1115, rodeado de los religiosos que habian llevado alli su reputacion de santidad, pero en una oscuridad profunda, que no parecia deber ser la herencia del apóstol celoso de las cruzadas tan fecundas en grandes resultados.

## SUIZA.

En lo mas elevado de la Europa, por su posicion geográfica se halla la Suiza ó República Helvética. la que desde el principio del siglo XIV, sacudió el yugo del emperador de Alemania, y aunque en su principio solo eran tres provincias ó cantones, poco despues se reunieron hasta el número de trece y hoy dia cuenta veinte y dos cantones libres é independientes, gobernados por una dieta, que asi se llaman las córtes que se reunen en Berna una vez al año, ó cuando el estado de la nacion lo exige: de continuo hay dos consejos, uno llamado el pequeño, que reside en cada capital de provincia ó canton, y el grande, que suele reunirse ya en una capital ya en otra; conforme á lo que hubiere decretado la dieta en su última reunion. Bajo el auspicio de las leyes establecidas desde el principio de la fundacion de la república y administradas por los Landimanes, presidentes de los consejos y (landfok), que asi se llamaban los jueces de los distritos, círculos ó partidos, vivieron felices los suizos, hasta que Napoleón como mediador vino á variar su forma de gobierno, reformando sus leyes de modo que aquella paz, aquella tranquilidad, aquel buen orden que por mas de cinco siglos habia disfrutado este pais se le acabó y esto dió margen á que varios cantones hayan tenido algunas disensiones entre sus habitantes.

Asi como la guerra y una mala administracion de justicia y de gobierno es la causa de la ruina de una nacion; la paz, una buena administracion de justicia y un buen gobierno hacen la felicidad de una nacion: tal ha sido el estado de la Suiza. El déspotá Gerler causó la ruina de la Suiza, y el valiente Guillermo Tell dió principio á su felicidad, pues apenas resonaron los primeros gritos de libertad en las rocas de Svitz, Altorf, Uri y Underwald, que todos sus habitantes se reunieron para sacudir el yugo que los oprimia demasiado, for-

mando una tal union ó liga con las provincias comarcanas, que una en pos de otra, habia proclamado la libertad de un modo tan sólido, que los emperadores de Alemania tuvieron que desistir (despues de muchos años de guerra) de la empresa de volverlos bajo su dominio, y asi viéndose libres de guerras solo trataron de asegurar la paz, y de esto ha resultado la propagacion de la industria.

El ser un pais libre dió lugar el haberse establecido en sus capitales hombres de ingenio, tantos espatriados de su pais que disfrutan en el seno de este de una paz duradera, empleando sus caudales en fomento de las artes. El comercio de relojería de Ginebra, el de los lienzos de Constanza, San Galo, Apenzel y otros, puede competir con el de cualquier puerto de mar. La libertad del culto dió lugar á haberse establecido en ella tantos judíos y protestantes, ricos comerciantes, aumentándose sobremana las fábricas de manufacturas ya dichas como tambien las de Basilea y sus inmediaciones.

Al paso que el gobierno ve con gusto el aumento general de prosperidad y felicidad de su nacion, tambien se llena de gozo al ver tantos extranjeros que por mera curiosidad vienen de paises remotos á visitar sus montes, hermosas cascadas, valles, cavernas y demas objetos curiosos que parece que la naturaleza prodigó en este pais con mas abundancia que en ninguna otra parte del globo. La hermosa vista de los lagos que como pequeños mares abundan en este pais, cuyas orillas adornadas de hermosos pueblos y ciudades tales son el lago mayor, y el de Lugano al Sur, como el de Ginebra, Lucerna y Constanza al centro y otros mas pequeños al Norte, los cuales en las estaciones de verano no solo sirven de recreo sus habitantes, sino que vienen á fijar su residencia muchas familias régias y muchos viajeros que salen de su pais para recorrer la Italia, y parece que acosados del calor en el verano, acuden á disfrutar de la frescura en las orillas de los citados lagos y concavidades de las montañas de este pais.

La fidelidad tan conocida y experimentada por los extranjeros en los suizos, dió lugar á haberse llevado y continuamente se llevan jóvenes de la Suiza á pais extranjero para su servicio, de los que á muchos les ha resultado grandes ventajas, unos heredando los bienes de su dueño; otros habiéndolos aplicado al estudio llegaron á ser hombres célebres: tales han sido J. J. Rousseau y Voltaire, otros abiendo aplicado á diferentes oficios, han salido grandes maestros; otros inclinados á la milicia ó al servicio militar, ha permitido su gobierno que hayan tomado ó pasado al servicio del soberano que mejor le haya acomodado; pues con el motivo de la poca tropa que este pais necesita en tiempos de paz, la Dieta ha dispuesto que voluntariamente el que quisiera alistarse para el servicio de otra nacion pudiese verificarlo; para cuyo efecto se hallarán en las capita-

les enganches, hombres encargados para el efecto que daban dinero adelantado y les aseguraban una buena paga, principalmente el rey de España, por cuyo motivo la mayor parte deseaban pasar al servicio de dicho monarca, en cuya carrera muchos han llegado á ser buenos militares y han ascendido á generales y mariscales de campo: véase los hermanos Redingk.

La industria, habiendo llegado á su colmo en muchas partes por conveniencia y otros por necesidad, ha obligado á muchos comerciantes á separarse de su pais y pasar á otra nacion en donde mas le ha convenido para esitar sus efectos: diganlo mas de 30.000 fabricantes y trabajadores en relojes que se hallan en Ginebra y sus inmediaciones, y el mucho lienzo que se teje en la ciudad de Constanza y su canton, en el de San Galo, Apenzel y otros, sin contar las muchas y buenas fábricas de paños, sedería y otras varias cosas primorosas. Estos comerciantes ó comisionados han llevado consigo unos á sus hijos, otros á sus sobrinos; y otros sus mismos padres han entregado y entregan sus hijos á estos tales, dándoles aun dinero para que se los lleven por el mundo á fin de que se instruyan en este gran libro; ejercitándose y acostumbrándose á pasar los trabajos que á veces ofrecen los viajes, en diferentes climas y naciones, viéndose precisados á aprender diferentes idiomas á fin de esitar los efectos que suelen dar á vender, y despues de un tiempo limitado ó convenido, regresan muchos á sus casas en el seno de sus familias, y por lo que refieren, otros se animan á hacer lo mismo: no tan solo los que se dedican al comercio, que la mayor parte se dirigen á Francia, Inglaterra y España, sino de toda clase de oficios, carpinteros, herreros, cerrajeros, relojeros, pintores y albañiles, que de estas dos últimas clases muchos se han pasado á la América del Norte y otros á la Rusia que fueron llamados para edificar la ciudad de Odessa á principios del reinado del actual emperador; entre las cuales han salido buenos maestros de todos oficios. Tal es la costumbre de este industrioso pais, principalmente en la parte del Mediodía, Canton del Tessin, frontera de Italia, por la parte de la hermosa Lombardia.

## EL BAÑISTA DE DIEPE

POR

ROGER DE BEAUVOIR.

(Continuacion).

—Muy bien, señora, muy bien, replicó el barón Rodolfo como ofendido; comprendo. Eso es decirme que no tengo derecho alguno para protegeros, y que mi tutela podria pasar por un insulto. Permitirme que os diga á mi vez, delante de sir Roberto,

nuestro amigo comun. que no es culpa mia si el interés que por vos he tomado no ha producido resultado alguno; lejos de mí el pensar en vuestra fortuna: la mia me evita la injuria de semejante sospecha; pero vuestra negativa á aceptar la mano de un hombre que confesais digno de agradecer...

—En esa negativa, interrumpió lady Southwel levantándose, no debéis ver otra cosa que el respeto de una muger á su propia honra. Mientras mi marido exista, divorciada ó no, no debo pertenecer á otro hombre.

El tono absoluto con que fueron pronunciadas estas palabras sorprendió en alto grado á Rodolfo de Nanteuil, que necesitó por lo menos dos segundos para reponerse y deslizar al oído de sir Roberto estas palabras, que lady Southwel no oyó:

—¡Pardiez! ¡No la suponía tan puritana!

El baron había comprendido que era por lo menos inoportuno en aquel momento entablar la conversacion sobre el capitulo de constancia ilimitada, y se contentó con deshacer entre sus dientes algunos vizcochos secos que estaban destinados para el perrito; llevándose despues á sir Roberto a la ventana, le hizo observar muchos grupos que se dirigian hácia el paseo acostumbrado de la playa.

—¿Lady Southwel quiere aceptar el brazo de su abogado? dijo sir Roberto sacando su reloj; dentro de algunos instantes podremos oír en los baños esa milagrosa sinfonia de Haydn que tanto le agrada.

—Con mucho gusto, contestó ella, sir Roberto; mi brazalete...

—¿Vuestro brazalete? ¿No os acordais que hace tres dias lo perdisteis en la costa?...

—Sí, pero ya ha parecido. ¡Cómo! ¿No sois vosotros á quienes debo dar gracias por el hallazgo? Continué mirando á los dos con sorpresa. Al levantarme esta mañana vi mi brazalete sobre el tocador, y creí...

—Algun amante misterioso, exclamó Rodolfo con despecho.

—O ese profesor aleman que conociendo el otro dia conmigo en una mesa redonda, me habló de vos un cuarto de hora largo, dijo sir Roberto.

—Señora, la persona que trajo esta mañana el brazalete pide permiso para entrar... dijo Harry, el ayuda de cámara.

—¡Diable! murmuró Rodolfo retorciéndose el bigote, se conoce que trae prisa... Me alegraría verle aunque tuviese que retardar el paseo.

La puerta del salon no tardó en dar paso á un hombre, cuya sola aparicion causó la mayor sorpresa á Rodolfo. Era el bañero acostumbrado de lady Southwel, jóven de veinte y cinco años, vestido con la blusa azul propia de los bañeros de Diepe; su fisonomia era á la vez dulce y resuelta; sus cabellos, negros como el azabache, caian en rizados por ambos lados de su cuello; era robusto y gracioso en toda su persona.

—¡Langlois! exclamó lady Southwel con turbacion y sorpresa.

—El mismo, señora, el mismo.... Perdonad esta libertad... Venia á saber si habiais encontrado el brazalete...

—Si lo he encontrado, Langlois, ¿Podrás decirme quien te encargó hacer esta restitucion?

—Nadie, nadie... excepto yo.

—¿Cómo! ¿Has sido tú?

—¡Ah! ¡Preciso es convenir en que he hecho mal!... Yo me paseaba por la costa no tan tarde como esta mañana, porque hay allí una capilla abandonada, á donde nosotros los marineros vamos todavia de vez en cuando á rezar algunos *Padre nuestros* y *Ave Marias*, y como estaba triste, me puse á orar... ¡Así se pasa el tiempo! Verdad es tambien que mi pobre hermana está enterrada allá arriba, donde se ven cabras que pacen, y no hay un solo sacerdote para servir la capilla. Era el aniversario de la muerte de Juana. Despues de haber orado sobre su huesa muy devotamente, cuando media con la vista la roca sobre la cual me hallaba, he aquí que de repente veo brillar una cosa en la escavacion de la roca; me pongo á mirar, y reconozco vuestro brazalete, que se os habia caido paséando la vispera; vuestro brazalete, que tanto sentiais haber perdido, que hace tres dias estabais buscando, y por el cual me preguntásteis cuando fuisteis á bañaros. Euagenado de gozo, me agarré al peñasco, cogi el brazalete y os lo traje corriendo.

—¡Pero veo sangre en tu mano! ¿Estás herido?

—¡Oh! nada, un rasguño. ¡Esas rocas son duras como un diablo!

Mientras hablaba así el bañero, escuchándole lady Southwel con una emociion que no podia dominar, Rodolfo sacó de su bolsillo una moneda y la echó en el sombrero de hule que Langlois tenia en la mano.

—Toma para ti, dijo, y si quieres beber un vaso de vino en la cocina, voy, con permiso de la señora, á dar orden para que te conduzcan...

—No necesito vuestro dinero, respondió Langlois desdeñosamente. Nada me debe la señora...

—¡Diable! ¡Te las echas de delicado! replicó el baron.

—Es conocido antiguo, se apresuró á decir lady Southwel; creia habérselo dicho, y ademas, Langlois es mi protegido... ¿No es verdad? continuó dirigiéndose al bañero.

—¡Oh! si, señora; jamás lo olvidaré... respondió Langlois bajando los ojos con respeto.

—Esa no es una razon para rehusar lo que se le ofrece, replicó con altivez Rodolfo de Nanteuil. El anuncio de la pérdida de vuestro brazalete decia que se daría una recompensa honrosa, y no veo ningun mal...

—Mi recompensa esta aquí, exclamó Langlois poniendo la mano sobre su corazon.

—¿Nos dejais, Langlois? dijo lady Southwel viendo al bañero que se disponia á salir.

—Si, señora, respondió Langlois

mostrando á lady Southwel una larga nube negra que flotaba ya como un manto sobre el mar. El tiempo está borrascoso, y no hace una hora que hemos visto un cutter balancearse sobre las olas.

—¡Un buque inglés! exclamó sir Roberto con ansiedad.

—Sí, milord, y con poca seguridad de llegar hasta nosotros sano y salvo. Si el cutter vuestro compatriota y amigo entra en bahia antes de siete horas....

—Pronto, venga un antejo, Harry, un paraguas y mi baston de silla. Id, corred, hallareis todo esto en mi casa, cuarto número 7, Fonda Real, exclamó sir Roberto saliendo de su habitual apatia.

—Mas sencillo es que yo os acompañe, milord, dijo Langlois; supongo que no desconfiais de mí. Yo no me llamo Satanás, y no puedo hacer sumergir á vuestros compatriotas.... aunque en cierto tiempo...

Langlois murmuró algunas palabras que sir Roberto no oyó.

—¡Vaya un gusto! dijo Rodolfo á sir Roberto. ¡Mojaros los pies en el muelle por el honor de la vieja Inglaterra! ¡Rule Britannia! ¡Vais á coger un buen constipado!

—A lo menos volved pronto para el baile, añadió lady Southwel en tono afectuoso que acabó de exaltar al inglés. Envuelto en su capote de baragan, provisto de su antojo y de su baston, que Harry acababa de traer, sir Roberto partió como debió partir Vasco de Gama.

—Hasta mañana, Langlois, si el mar lo permite, dijo lady Southwel, á su bañero dándole las gracias con una mirada. No vayais á esponeros esta tarde para que os vea mañana.

—¡Oh! yo no me mezelo en la entrada de los buques en el puerto; esto corresponde á los pilotos.

Langlois saludó á lady Southwel, y siguiendo á sir Roberto, que marchaba á pasos acelerados, llegó al muelle, donde ya se habian reunido todos los marinos y estrangeros que la ciudad contaba.

## II.

El peligro que corria la embarcacion designada era real y efectivo. Ademas de la gran marejada que levantaba un viento de! Noroeste y que amenazaba cubrir á cada instante al cutter, este buque tenia que luchar con el mismo obstáculo de su entrada, pues la posicion de la bahia de Diepe ofrecia graves dificultades para la maniobra.

De en medio de aquel velo brumoso estendido sobre el Océano, apenas se divisaba alguna que otra ola espumosa, y las riberas, estendiéndose como una serpiente de greda, se destacaban vigorosamente sobre aquel fondo austero y negro. Una noche profunda habia envuelto ya las torrecillas del Castillo Fuente, y sobre el muelle coronado de gente enviaba el mar de vez en cuando un turbion de espuma que bañaba las losas.

Agitado por el balance, el cutter,

que traia izado el pabellon inglés, no dejaba de correr bordadas mas ó menos seguras para aproximarse á la costa, y era facil conocer que se gobernaba con tanta habilidad como destreza, pues no habia hecho hasta entonces la menor guiñada. Graciosamente aparejado á imitacion de los mas hermosos *yachts* de Lóndres, observaba una maniobra tan estricta, que era el blanco de las miradas atónticas de los marinos franceses.

Ya sir Roberto, con el auxilio de su anteojo de larga vista, habia reconocido en aquel buque ligero á un cutter del club de los *yachts*. Distinguia perfectamente los seis ó siete hombres que lo tripulaban, su uniforme, que consistia en una camisa pegada al pecho, rayada de blanco y encarnado transversalmente, sus sombreros de cuero cocido y sus fajas mojadas por el agua del mar. Encerrados en tan pequeño espacio, aquellos marineros no le inspiraban temor alguno, pues tenia respeto de ellos esa confianza innata que raras veces dejan de conceder los ingleses á la ciencia náutica de sus compatriotas.

A su lado estaba Langlois, cuyas miradas seguian aun con mayor atencion que las suyas la maniobra del cutter. Acostumbrado desde su infancia á las mil peripecias de ese gran drama que se llama mar, natural de Diepe, huérfano á los diez años y gru-

mete á los catorce, el bañero habia mamado con la leche ese odio tradicional de los normandos á la marina inglesa, odio vivificado en él por un resentimiento particular, cuyo secreto poseian solo algunos de sus camaradas. Dotado Langlois de una fuerza hercúlea, hijo de un marino muerto en el servicio, habia conocido desde muy jóven que no habia nacido para arriesgar su vida en simples barcos de pesca; despreciaba en el fondo de su corazon á esos pobres marinos que no se mueven sino por las almejas, el arenque ó un barco venido de Terranova. Asi pues, la marina militar llegó á ser su sueño durado; habiase embarcado como simple grumete y recorrido el mundo. ¿Por qué fatalidad se encontraba á los treinta años de bañero en la ciudad de Diepe? ¿A qué incidente, á qué casualidad debia su retirada ó su despedida de la marina? ¿Su carácter áspero y salvaje, su natural altivez y sus instintos desdeñosos le habian dado á conocer los graves peligros de la subordinacion? El solo hubiera podido contestar á estas preguntas.

Apoyado sobre el parapeto del muelle, observaba los movimientos del cutter como un cazador armado de su escopeta espia los de un pájaro herido que lucha con la muerte.

De repente acometió una oleada

al buque con tal violencia, que salieron de la multitud mil gritos de espanto. Vióse en seguida á una lancha, que la oscuridad no habia permitido distinguir hasta entonces, atracar á uno de los costados del cutter. Era el piloto del puerto que acudia en su auxilio.

(Se continuará.)

## VARIÉDADES.

—Segun las noticias que se han recibido últimamente de la Persia, han sido ajusticiados hasta cuatrocientos miembros de la secta de los *barbis*, entre los cuales habia algunos que tomaron parte en el último atentado contra el shah.

—El emperador del Brasil ha hecho llevar todos los planos y dibujos del teatro de la Opera de Berlin para mandar construir otro igual en Rio Janeiro.

MADRID, 1853.

ESTABLECIMIENTO TIPOG. DE MELLADO,  
calle de Santa Teresa, núm. 8.

# BIBLIOTECA ESPAÑOLA.

## AVISO INTERESANTE.

Conforme á lo establecido en la base segunda del reglamento orgánico de la caja de reserva de esta empresa, el día 7 del corriente se han depositado en ella los títulos al 3 por 100 de la deuda consolidada, comprados con este fin el día anterior, al precio de 43 1/2 por 100, segun consta de la póliza del agente. El establecimiento ha contribuido á la compra con una cantidad igual á la que han dejado los suscritores en este segundo semestre, en virtud de la obligacion que voluntariamente se impuso por la base 3.ª del citado reglamento. Madrid 8 de abril de 1853.—MELLADO.

## OBRAS EN PÚBLICACION.

**Primera seccion.** Se ha repartido la entrega 4.ª de la *Historia de la Guerra Civil y de los partidos liberal y carlista*; tambien se ha repartido la entrega 1.ª del segundo tomo del *Viage ilustrado en las cinco partes del mundo*, y los tomos encuadernados á la rústica de la *Historia de Cien Años*, á los suscritores que prefirieron recibirla de este modo. Igualmente se ha repartido hasta la entrega 40

de la obra *Anales del reinado de doña Isabel II*, por el escelentísimo señor don Javier de Burgos.

**Segunda seccion.** Se ha repartido la entrega 54 del *Diccionario Universal Francés-Español y Español-Francés*, por Dominguez; tambien se ha repartido hasta la entrega 64 del *Diccionario Nacional, ó Gran Diccionario clásico de la lengua española*, por el mismo autor. La impresion del *Diccionario Latino-Español, ó Novísimo Valbuena*, sigue adelantando, y su reparto empezará muy pronto.

**Tercera seccion.** Se ha repartido la primera entrega de *Precaucion*, novela por Fenimore Cooper, que con el *Bravo* del mismo autor que daremos inmediatamente, formará un tomo. Seguirán *Los Tres Mosqueteros*, *Veinte años despues* y el *Vizconde de Bragelonne*, por A. Dumas, con magníficos grabados aparte del testo.

**Cuarta seccion.** La próxima semana se repartirán las cuatro primeras entregas de la *Instruccion para el Pueblo ó Cien tratados sobre los conocimientos mas indispensables*, y en seguida principiará el reparto tambien de los *Oficios de la Iglesia*, precioso libro de rezos dividido en dos partes, con 80 láminas aparte del testo, estampadas sobre color.

**El Civilizador.** Se ha reparti-

do toda la parte comprendida en la primera serie del *Album*, en igual forma que tiene ahora este periódico, á los que se les ofreció como indemnizacion y se está vendiendo á 2 rs. en Madrid y 3 en provincia á los suscritores que sin pertenecerles quieren tomarlo, advirtiendo que este precio es puramente el del papel, puesto que consta de 12 pliegos de impresion y que el 30 del corriente quedará cerrada la venta y no se dará ni un solo ejemplar en ningun concepto.

## OBRAS QUE SEGUIRAN.

*Historia Universal* compendiada de todas las publicadas hasta el dia, por don Salvador Costanzo.

*Diccionario Universal de Historia y de Geografia*, con mapas y retratos.

*Crímenes célebres*, por Alejandro Dumas, con grabados aparte del testo.

*El Universo ó la obra de Dios*, precioso tratado de historia natural al alcance de todos, por don F. Fernandez Villabril, con mas de 2,500 grabados.

Se suscribe en Madrid en el despacho establecido interinamente en la librería de Monier, carrera de San Gerónimo, y en provincia, ultramar y el extranjero en casa de los corresponsales de LA BIBLIOTECA ESPAÑOLA.